

Historia de la literatura

(Cuento)

ANDRES GALLARDO

Don Vicente Ramírez de Arellano Vicente fue durante 27 años el mejor sastre de Curicó; don Vicente fue un excelente sastre, un considerado marido, un solícito padre, un moderado bebedor de pisco con bilz, un constante jugador de brisca, quizás un excesivo jugador de brisca, quizás por eso un día su señora, luego de madura meditación, decidió abandonar el hogar y largarse a Purén con Raúl Ceballos Armijo, que habrá sido todo lo alcohólico que se quiera pero que jamás había tomado un naipe entre sus manos. El abandonado don Vicente sintió tanto la falta de la esposa que perdió la afición por la brisca y por el pisco con bilz y empezó a pasarse las tardes en la soledad de su casa leyendo novelas criollistas (que en Chile se tienen en mucha estima). Doña Berta, cuando supo que don Vicente había dejado de jugar brisca y de tomar pisco con bilz todos los días no tuvo necesidad de reconocer que estaba hastiada de Ceballos, sino que retornó al hogar a pedirle perdón a su único marido, cosa que obtuvo inmediatamente. Don Vicente se empezó a sentir muy feliz reinstalado en la paz del hogar, tanto que a los pocos meses empezó a jugar brisca y a beber pisco con bilz. Pero entonces doña Berta, después de pensarlo bastante y sufrir mucho, fue y se fugó con Gamaliel Mendoza Llanos, farmacéutico de Quirihue, aficionado a las profesoras primarias y a las corbatas de seda, pero no al juego. Don Vicente languideció lo indecible con la partida de la esposa y no halló otro consuelo sino recluirse en su lamentable hogar y volver a las novelas criollistas (de las cuales hay un número bastante crecido). Por entonces ya

Gamaliel Mendoza había mostrado la hilacha abundantemente y la contrita señora Berta retornó un día a su único legítimo hogar a suplicar perdón. La señora Berta hubiera querido decirle a don Vicente que retornaba al hogar con la condición de que don Vicente no retornara a la brisca y al pisco con bilz de todos los días, pero como las circunstancias la señalaban a ella como la esposa infiel se abstuvo de poner condiciones. Don Vicente, entonces, confortado en la recobrada paz hogareña, empezó a retomar sus diarias veladas de brisca y su diario pisco con bilz como la cosa más natural del mundo. La señora Berta, ya como la cosa más natural del mundo, al cabo de unos meses se fue y se radicó en Cabildo con el funcionario de Correos y Telégrafos Bartolomé Ruiz de Gamboa Casas, de cuyos desvíos sexuales aún guardan incómoda memoria numerosas personas de la provincia de Aconcagua. Don Vicente quiso enfrentar como hombre la ida de la esposa y siguió con su brisca y con su pisco con bilz, pero aguantó poco tiempo y terminó recluido en su casa y entregado con interés a la lectura de novelas criollistas (que han aliviado las penas de más de un doliente). Cuando doña Berta se enteró de esto, no necesitó otra excusa para dejar al Ruiz de Gamboa, de cuya compañía estaba más avergonzada que contrita. Don Vicente la recibió de vuelta en el hogar sin aspavientos ni recriminaciones y siguió con sus lecturas caseras, pero sin saber cómo fue dejando el fructífero ejercicio intelectual de la lectura de novelas criollistas y dándose a la brisca y al pisco con bilz. Doña Berta se aguantó hasta que don Vicente se había dado por completo a la brisca y al pisco con bilz antes de amancebarse en el mismo Curicó con el Nelson Faúndez Albarrán, de sólo 22 años, pero con la poca decencia de cualquier varón de más edad. Para don Vicente fue un golpe terrible y el pobre hombre sólo atinó a encerrarse en su casa tristemente con una nutrida colección de novelas criollistas, único refugio de su pena. Doña Berta, considerando el sufrimiento de su marido y considerando que el hombre había abandonado la brisca y el pisco con bilz y considerando que no estaba bien que una mujer cincuentona estuviera amancebada con un muchachón (que por cierto era irresponsable y desatento), decidió solicitar el perdón de don Vicente y reducirse a la vida marital. Don Vicente le concedió el perdón y se redujeron ambos a la vida marital. La vida marital propiamente dicha duró hasta que don Vicente empezó a jugar brisca y a beber pisco con bilz todos los días. Doña Berta se empezó a sentir muy frustrada y no halló otra salida que arrancarse a Valparaíso en compañía de Victorino Fernández Tuy, inmigrante español de quien se comentaba que había sido por años cura párroco en un pueblo de Galicia, cosa que Victorino negaba con una vehemencia casi cómica, jurando que había salido de España por motivos políticos y de honor. Victorino también era sastre y esto

produjo en don Vicente una depresión que casi lo llevó a la tumba. Enfermo de melancolía, se encerró en su casa y sólo hallaba consuelo en las novelas criollistas (que no faltan en un hogar bien establecido). Doña Berta también estaba sufriendo con Victorino Fernández, que siempre andaba hablando de la desazón de vivir abarraganado, contraviniendo las leyes de la razón, de la República y de la Santa Iglesia. Así que cuando llegaron a los oídos de doña Berta las nuevas de la tristeza de don Vicente y su recluida vida, doña Berta viajó a Curicó a postular a un perdón del cual se creía inmerecedora. Don Vicente no dijo una palabra pero le abrió a doña Berta las puertas del hogar y de la quietud familiar. La vida de quietud familiar empezó a resentirse cuando a don Vicente le dio por jugar brisca y beber pisco con bilz todos los días. Doña Berta no fue capaz de aguantar ese calvario y sólo atinó a fugarse con el practicante de Illapel Galvarino Aguilar Couso, de cuya avaricia sólo iría a gozar años más tarde una sobrina inesperada. El sufrimiento de don Vicente sólo pudo haber sido igualado por las privaciones de doña Berta. Don Vicente abandonó las tardes de brisca y de pisco con bilz y se encerró en su casa a diluir su pena con toda sobriedad en las páginas de los maestros de la narrativa criollista (que suelen escribir en estilos muy pulcros), hasta que una tarde llamó a la puerta del hogar vacío doña Berta, raída y con quince kilos menos. Don Vicente no pudo resistir la contrición de la esposa y la recibió de vuelta con tanta alegría como magnanimidad. La señora Berta venía muy debilitada y tardó meses en reponerse, pero al final se repuso gracias a la solicitud de don Vicente y gracias a la malta con huevo, que es como una cosa milagrosa. Don Vicente y doña Berta pasaban las tranquilas veladas curicanas en la cálida paz hogareña, don Vicente leyendo novelas criollistas y doña Berta reponiéndose. Cuando la señora se vio más repuesta, don Vicente, sin segundas intenciones de ningún tipo, empezó a ir al club a tomar pisco con bilz y a jugar brisca, y muy pronto lo estaba haciendo a diario. La señora Berta trató un par de veces de hablarle del asunto pero don Vicente le cambiaba dulcemente el tema. Y en una de éstas la señora Berta fue y se trasladó a vivir a Ancud con el profesor de inglés Alfredo Kusanovic Martí. La brisca y el pisco con bilz perdieron sentido para el cuitado don Vicente, a quien sólo le quedaron ánimos para pasar los días encerrado en su casa leyendo novelas criollistas (que son como una mina inagotable) y recordando a su amada esposa. Doña Berta, hastiada de oír nada más que una lengua incomprensible en la intimidad con Kusanovic (que tomaba muy a pecho su profesión), no lo pensó dos veces cuando se enteró de la doliente condición de su legítimo esposo y viajó a Curicó con la esperanza de obtener el perdón de su desvarío. Don Vicente era un hombre bueno y la señora Berta no tuvo que humillarse para hallar perdón. Pero al poco tiempo don

Vicente, viéndose tan contento, empezó a jugar brisca y a tomar pisco con bilz todos los días. Doña Berta empezó a desazonarse notablemente y su desazón culminó en su abrupta fuga a Talagante con Ramón Brahim Salaf, dueño del club social El rincón sirio. La partida de su señora cambió el curso de la vida de don Vicente, que comenzó a languidecer de tristeza y terminó recluyéndose en su solitaria casa, incapaz de hacer nada sino leer asiduamente novelas de escritores criollistas (tanto rurales como urbanos) y a echar de menos a doña Berta. Doña Berta se enteró muy pronto de la tristeza en que vivía su marido y le bajaron todas las nostalgias y decidió retornar a su lado y conseguir su perdón, cansada también de 14 horas diarias de ardua labor en El rincón sirio. Don Vicente, sin rencores ni pequeñeces, recibió a doña Berta con los brazos abiertos señalando así el retoñar de la dorada paz, que suele ser flor efímera. Fue así que don Vicente empezó a dedicarse algo excesivamente a la brisca y al pisco con bilz de modo quizás desconsiderado para con su esposa, la cual, sin ánimo de herir a nadie, y a pesar de andar ya no lejos de los sesenta, dio en fugarse a Santiago con el suboficial mayor (R) Gustavo Adolfo Pereira Cruz, cuya rígida disciplina sobrellevó con estupenda dignidad hasta que le llegaron noticias de que su esposo don Vicente había abandonado del todo las tardes y noches de brisca y de pisco con bilz para encerrarse en su casa sin otro solaz y compañía que una completa colección de novelas criollistas (que como muchas personas guardaba empastadas). Doña Berta decidió retornar a Curicó a suplicar con las lágrimas en los ojos y otras sinceras muestras de pesar el perdón del melancólico don Vicente, el cual celebró la vuelta al hogar de doña Berta. Quizás no haya habido en Curicó una esposa más solícita y amante que doña Berta ni un esposo más complaciente y responsable que don Vicente. Pero como así es la vida, don Vicente, siguiendo un impulso más poderoso que su voluntad, empezó a descuidar el hogar y a entregarse a la brisca y al pisco con bilz con entusiasmo propio de novicio. Doña Berta concentró toda su fortaleza en sobrellevar tan dura prueba, pero al fin las circunstancias fueron más poderosas que su determinación y terminó yéndose a Frutillar con el criador de chanchos Sergio Rubilar Canío, en cuyos malos tratos halló más que suficiente castigo a sus niñerías. Don Vicente, por su parte, no quedó en un lecho de rosas sino en un lecho de enfermo, pues la inesperada partida de la esposa le produjo una pena tal que empezó a languidecer en su ya casi ancianidad sin ánimo para nada, como no fuera la lenta lectura de novelas de novelistas criollistas (que en general son aptas para cualquier edad). Doña Berta no pudo resistir el padecer de su único marido don Vicente Ramírez de Arellano Vicente, ni los malos tratos de Sergio Rubilar y un día sin esperar perdón se volvió a Curicó a cuidar a don Vicente, y así la vida familiar se

reanudó sin que tuvieran que mediar formalidades. Entre don Vicente y doña Berta jamás se supo de un sí ni un no. Cuando don Vicente estaba alentado, era común verlos pasear su mutua madurez al amparo de los árboles de la plaza de armas de Curicó (que es la mejor plaza de armas de Chile). Una tarde muy calurosa don Vicente invitó a doña Berta a tomar alguna cosita al club; la señora Berta pidió una papaya y don Vicente pidió una bilz pero con un dedito de pisco. Al día siguiente don Vicente volvió al club y se pasó toda la tarde jugando brisca y bebiendo pisco con bilz, cosa que empezó a hacer cada vez con más frecuencia, cosa que produjo gran desasosiego en doña Berta, cosa que don Vicente no pudo notar pues se pasaba en el club jugando brisca y bebiendo pisco con bilz, cosa que llevó a doña Berta a recibir la diaria visita de don Orocimbo Ripamonti Bórquez, ex diputado liberal. Don Orocimbo, en un arranque pasional, le propuso en una de éstas a doña Berta que se fugaran a una parcela que don Orocimbo tenía en Teno, pero doña Berta le hizo ver que pasados los sesenta no estaba bien andar con esas cuestiones y que más mejor siguieran como estaban. Don Vicente empezó a notar algo raro en la conducta de doña Berta y empezó a volver a casa más temprano, eso sí que dándole siempre a don Orocimbo la oportunidad de retirarse a tiempo. Don Vicente, la verdad es que empezó a llegar a casa cada día más temprano, a concentrarse, no sin melancolía, en las honestas páginas de los grandes de la narrativa criollista (que es un género en el cual, por alguna razón misteriosa, los chilenos sobresalen). Doña Berta, la verdad es que estaba muy contenta con las tempranas llegadas de su esposo, pues don Orocimbo Ripamonti Bórquez no era, después de todo, compañía excesivamente amena. Llegó un día en que don Vicente simplemente dejó de ir al club a jugar brisca y a tomar pisco con bilz y doña Berta dejó de recibir a don Orocimbo, el cual tuvo que aceptar la realidad con estoicismo, pues parece ser que doña Berta había sido lo único grande que le había ocurrido en su vida, aunque no lo pudiera reconocer. En la paz de su clara casa curicana, rodeado de la silenciosa multitud de su bien dotada biblioteca de autores criollistas, don Vicente Ramírez de Arellano Vicente, viendo transcurrir el tiempo con placidez y sin ocultos pesares ni odios, reconoció un día la idea que comenzaba a germinar en su interior y congregó toda su responsabilidad en enfrentarla dignamente; doña Berta Tapia de Ramírez de Arellano, entrada ya por los portales de la ancianidad sin ocultos remordimientos ni innecesarias dietas, valorando cada minuto de su vida junto a don Vicente en la paz de su clara casa curicana, reconoció otro día con íntimo gozo la idea que maduraba en su interior y concentró toda su atención en desarrollar sus contornos exactos. Y aconteció que un día don Vicente Ramírez de Arellano Vicente tomó la

pluma y dio comienzo a su monumental *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett*, y aconteció también que otro día doña Berta Tapia de Ramírez de Arellano tomó la pluma y trazó con mano firme y tierna los primeros escauceos de sus *Memorias Eróticas*. La *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett*, terminada cinco años más tarde, se habría publicado sin duda, de no haber sospechado los editores que un libro de tal índole y volumen hallaría un camino excesivamente lento por las librerías, y de no haber estado muerto don Raúl Silva Castro, a quien la obra iba dedicada, y quien habría sabido apreciar su valor. Las *Memorias Eróticas*, terminadas casi al mismo tiempo que la *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett*, habría hallado un envidiable destino editorial de no haber mediado la mojigatería de cuantos editores hojearon el manuscrito y en seguida se apresuraron a rasgar sus vestiduras, como se dice. La *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett* es un libro sobrio, maduro, bien documentado, abundante en juicios certeros y en datos de primera mano, y de lectura sorprendentemente amena; la *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett* aúna solidez filológica, capacidad crítica y amor a las letras nacionales. Las *Memorias Eróticas* son las memorias más eróticas que se pueden imaginar; las *Memorias Eróticas* son unas memorias increíblemente eróticas, son unas memorias desenfrenadas, gozosas, extremas, que hacen del pudor flor exótica; en las *Memorias Eróticas* sólo hay lugar para la pasión y para la dignidad. La *Historia del Criollismo: de Blest Gana a Droguett* yace amarillenta y desencuadernada en algún cajón de algún escritorio de algún Departamento de Literatura Hispanoamericana de alguna Universidad chilena donde las clases de cierto profesor de Literatura Chilena e Hispanoamericana se han transformado como por arte de magia en un modelo de amenidad y de desvergüenza. Los pedazos de las *Memorias Eróticas* se pudren en algún basural de Curicó, gracias a la diligencia de Silvia Ramírez de Arellano Tapia, que aprendió desde chica y casi sin que nadie le enseñara esas cosas de la decencia y el honor de la familia. Don Vicente Ramírez de Arellano Vicente y doña Berta Tapia de Ramírez de Arellano yacen muy juntos en el cementerio de Curicó, y si ahí se permiten esas cuestiones, compartiendo afanes literarios y quizás cuántos afanes más.